

# Los trancos de Bracho

**CARLOS BRACHO**

TRANCO I

Sí, claro, yo tenía un dolor inmenso. Sufría una decepción. Acababa de recibir un golpe que me dejó apabullado y tenso y frustrado...el auto dio un tumbo y lo que me había sucedido con ella, minutos antes, me llevó a otro pensamiento, y quizá me dejé llevar para no pensar en lo fallido de mi encuentro anterior. El golpe del auto me trajo a la realidad:

Caras vemos, corazones no sabemos. Así dice el refrán. Así lo confirma la llamada sociedad civil. Es que en algunas ocasiones, cuando yo me topo con un individuo, este parece ser una buena persona, parece ser honesto y trabajador y honrado a carta cabal. Pero –aquí aparece el pero latosísimo, el pero que todo lo destruye, el pero refunfuñón, el pero canijo y mal educado– resulta que conforme trata uno a esa persona, las acciones de éste son de un ser indigno, de alguien que no tiene moral, que anda viendo a quien le da el consabido sablazo, o sea, tiene, como dicen las amas de casa, todos los platos rotos. Claro. Caras vemos, corazones no sabemos. Sí, es cierto. Sí, cuando yo veo la cara de un político, la de feli-pillo, por ejemplo, es una cara que aparenta guardar a un ser “decente”, el todo nos indica que no es mentiroso, que –como lo pregonar– (dime de que presumes para saber de que careces)

cuando habla dice la neta, la real y rotunda verdad. Pero –otra vez el pero diabólico– la cruel realidad aparece de entre las brumas, surge, de entre las palabras y los discursos y las presentaciones, el ominoso llamada a la cordura, pues la mentira, o la verdad a medias inunda la figura del tal feli-pillo. Para corroborar lo anterior, lectoras pluscuamperfectas y heterodinas, recurran ustedes a la historia reciente, relea los dichos del tal señor, fíjese en lo que el susodicho atacó con toda su boca –por ejemplo– siendo diputado, o funcionario –saltó, como buen pripanista, de un puesto a otro, cosa que él criticaba duramente cuando se presentaba la ocasión para lucirse; multichambas, mil usos, pues–. Aquí está un pequeño botón de muestra de lo que el dicho “Caras vemos, corazones no sabemos” nos quiere alertar. Desenmascarado ya, conocedor el pueblo de que no está con las manos limpias, el tal Felipe, encarrerado ya, se lanza a la palestra, se clava en el circo de tres pistas en donde los “payasos” buscan con ahínco conmovedor ocupar el trapecio mayor –léase la silla grande. Y la realidad brutal nos dice que ese señor que pertenece a la derecha inoperante y desnacionalizadora, no resistiría una auditoria revolucionaria. ¿Por qué? Pues por sus nexos con el foxismo de las martas, de los creeles, de los abascales, de los bribiescas, de la iglesia burguesa, de los yunques, de los ceballos, de los presidentes municipales panistas que ganan sumas aterradoras de dinero del pueblo, de la lenta venta del país a los

dueños de la charola del dinero, de los amigos de Fox, de las traiciones a Juárez, la ofensa a los símbolos patrios –el águila \_mocha– y un sinnúmero de agravios a la república cometidos por el foxismo al cual pertenece, y que no hemos escuchado nunca una crítica y nunca hemos visto alguna denuncia por tales desparpajos. En fin, lectoras insumisas, eso era con lo que yo quería iniciar este Tranco, con el coraje, con la rabia que producen los señores dizque decentes y tienen las manos sucias, hasta los codos.

Dicho lo anterior, paso ahora, amigas zapatistas y republicanas, –que dolor de estómago producen estos “decentes” panistas, ¿no?– a contarle lo que me ocurrió esa noche, en que la luna, llena y brillante como nunca, parecía lanzarme luces lúdicas, lucientes y lucidoras. El contorción marcaba el pasmo y la quietud nocturna. Caminé unos cuántos pasos. Llegue hasta la ventana, toqué tres veces tres. Nadie pasaba por la calle, todos dormían. El silencio rompía el ruido de la sangre al correr por mis venas. El corazón siempre acelera su ritmo vital cuando una aventura amorosa está por cumplirse. Una luz se encendió en su habitación. Tú, amiga, amante, corriste la cortina solo unos centímetros, suficientes para saber que ero yo el que tocaba. Abriste la puerta. Entré.

–Abrázame. –dijo ella, adelantándose a mis movimientos– él no está ahora, tuvo que salir de viaje y no regresará hasta pasado mañana– Mis manos, sus manos, semejaron tentáculos de seres marinos que envolvían y rozaban y recorrían nuestros cuerpos. El camino a su recámara quedó tendido de las ropas que fueron cayendo una a una, zapatos y medias, calcetines y blusas, camisas y pantalones, faldas y sostenes, cinturones y sacos, todo, absolutamente todo lo que la sociedad y los hombres y las mujeres han inventado para cubrir los cuerpos, yacían ahora en el piso, desde la entrada hasta los límites de su recámara. Todo indicaba que las horas de Cupido estarían llenas de la lucha de las pieles inconformes e insaciables. El presagio era digno de Afrodita. La cama estaba allí, el edredón fue lanzado al suelo. Solo una sábana, limpia, pura, blanca nos recibiría gozosa. El aparato de sonido, quedamente, nos

deleitaba con la música de Haydn celestial. Ella, desnuda, bella, rubicunda, pelo largo, hombros de mármol, brazos de ensueño, muslos infinitos, tomó una botella y sirvió dos copas de coñac. Yo iba a realizar el rito ancestral, iba a llenar su pecho y sus muslos con el líquido infernal para luego aspirarlo, saborearlo en mi boca voraz. Ella –era el pacto– también haría lo mismo con su vino. Lo rociaría por todo mi cuerpo y su lengua incansable caminaría los recodos de mi piel ansiosa. Afuera la luna, envidiosa, celosa, trataría de mirar el festín de dos seres vivos. Todo iba de maravilla. Cuando me disponía a mojar su cuerpo. Un repentino ring de teléfono nos paralizó...hubo una pausa desastrosa. Por fin descolgó. Su cara tomó el color de la sábana. Escuchó y luego colgó, con una mano temblorosa.

–¡Rápido! ¡Vístete! ¡Corre! ¡Él viene para acá! Cancelaron el vuelo. Y como olvidó aquí sus llaves, llamó para que estuviera pendiente... ¡Oh! ¡Diablos! –Al tiempo que eso decía, al tiempo que en lugar de coñac lúdico y carnal, recibimos un soberano balde de agua helada. Nos dimos un beso largo, angustioso. Salí corriendo y me perdí por entre los árboles que parecían reír. La luna ya no estaba en el horizonte. De seguro que no quiso mostrarse ante mis ojos, quizá tendría una palidez mortal causado por aquella desventura. Quizá.

Lo cierto es que ya dentro mi auto quise, para aliviar el dolor, reír, gritar, llorar. Pero lo pensé mejor y me dije que, en todo caso, a pesar de todo, la había besado, la había acariciado, la había contemplado, la había tenido en mis brazos, había escuchado su voz, y mi cuerpo, mi piel, todavía tenía su perfume de orquídea, de flor de primavera, de fruto carnoso.

Sí. Al arrancar el auto me saboreaba todavía con el sabor de ella. En ese momento, para romper ese hilo de pensamiento, pensé –oh, contraste miserable y maquiavélico, oh, idea sucia y lodosa–, pensé digo en los horripilantes políticos de mi país. Y allí me vino a la mente el famoso dicho de “Caras vemos, corazones no sabemos”. Vale. Abur. 🍷